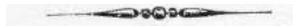




«Caseros y montañas guipuzcoanas» por Fernando de Amara.

La pintura de Fernando de Amara



(1) El hecho de que la exposición de las obras de un pintor actual sea promovida y realizada por las más altas entidades culturales de un pueblo, inaugurada con la presencia de sus principales representantes y esperada por el público con el afán cariñoso que ha sido el motor principal con que ha podido vencerse la resistencia del autor ante tan justo y democrático homenaje, es realmente

(1) Reproduce este texto, reservado para la REVISTA, el de la conferencia que en la solemne apertura de la Exposición Amara, organizada por la Escuela de Artes y Oficios y el Real Ateneo de Vitoria, ha dado D. Angel de Apraiz, Secretario General de Eusko-Ikaskuntza, representante de su Sección de Pintura y Escultura y Catedrático de Teoría del Arte en la Universidad de Barcelona. Dicha Exposición ha permanecido abierta en la mencionada Escuela, durante las Juntas de la Sociedad de Estudios Vascos que se han celebrado en la misma en el mes de Septiembre del presente año.

un caso extraordinario, que honra a cuantos han dado lugar a él y que requiere que para tratar de explicar el fundamento artístico de tales manifestaciones, lo cual inmerecidamente me ha encomendado nuestro Ateneo, sea necesario que la crítica adopte una actitud y un tono adecuados al significado de dicha exposición, tono y actitud que por otra parte siempre me parecen los más elevados y que son especialmente gratos para mí en esta ocasión.

Para penetrar en la obra artística de Fernando de Amarica, como en cualquier otra, debemos en primer lugar colocarnos en el caso del autor, estudiar sus propósitos e intenciones y poner así los primero a la vista del público, respecto del cual el crítico ha de ser un intermediario, aquello que hay de más personal en el artista, ya que en tal personalidad es en lo que principalmente estriba la obra de arte. Y la personalidad de Fernando de Amarica se nos aparece a cuantos le conocemos, que en Vitoria somos todo el pueblo, con unos caracteres de espiritualidad y simpatía que despiertan la nuestra de modo irresistible. Su ingenio admirable, lleno al mismo tiempo de viveza y ponderación, con todas las galas de una imaginación despierta y de una inteligencia cultivada y todas las delicadezas de su alma afectuosa, hacen del espíritu de Amarica un amable fruto de nuestra tierra. Y al ponerse en contacto de producción ese espíritu con la misma tierra que le dió el ser, ha surgido entre ambos la amorosidad que otro insigne paisano nuestro, Ramiro de Maeztu, definió ya en unas conferencias de la Sociedad de Estudios Vascos en Bilbao y sigue considerando en sus actuales escritos, como el factor determinante del arte; y en efecto, no podemos negar que así sea, ya que siempre será. el amor quien proporcione ese modo, de penetrar en la intimidad de las cosas que se llama su intuición, para presentárnoslas de una manera que no es la de la visión vulgar, pero con la cual ésta después se identifica, que tal es la obra suprema y educadora del arte. Fernando Amarica ha puesto toda esa poesía de su alma en la naturaleza que rodea nuestra vida y hoy sentimos con él y por la virtud de sus cuadros, cómo se funden «La casa y los montes» en las alturas de nuestra tierra, los matices que llenan de profundidad una vista de «Urquiola» o de tonalidades «El valle de Leniz», la hermandad franciscana con la limpieza del agua que salta en «La presa del puente», la quietud de «Un remanso del Ibaizabal», el encanto de «La llanada de Alava en Mayo», la grandeza de «Las puertas de Vizcaya» o las evocaciones del «Paisaje romántico, y de

las «Cosas que fueron»; o nos trasfigura «La ciudad anclada en los sembrados» y no solo por lo literario de este título; como hace que cobre lugar y forma nuestra visión de otro título inventado por un escritor de nuestro pueblo al concretar sus emociones vitorianas, en el cuadro que en esta exposición no figura de «El rincón amado».

Estos hallazgos de expresión por Fernando de Amarica, no han sido nunca rebuscados. Por el contrario su idiosincrasia y el ambiente en que se desarrolló su vida, le apartaron siempre del deseo de llamar la atención. Su posición desahogada le permitió vivir para su arte y nadie como él ha realizado este ideal, prescindiendo de tantos otros goces más vulgares que depara la vida. Ha sido un perfecto señor de su pintura para la que no necesitaba comprador; pintó solo aquello de que él tenía una intuición personal: el retrato del amigo, la vista de la ciudad a una hora predilecta y sobre todo el paisaje a cielo abierto, visto en una de sus continuas excursiones, generalmente a sitios próximos, otras veces a tierras en que buscaba distinto color, y siempre volviendo con afán al punto elegido para estudiar rendidamente el modelo como su credo estético le exigía, pero poniendo en este estudio toda su alma que es lo que hace impeccedera la obra de arte. Por eso lo será la de América más que las de aquellos que con un pretexto de personalidad trataron sobre todo de estar siempre a la moda, fenómeno este tan respetable como necesario, pero que es precisamente el mayor enemigo de la personalidad; y por todo ello precisamente podemos hoy considerar a la pintura de Amarica como algo con el carácter innegable de originalidad que le da el ser típica de nuestro pueblo y como algo especialmente histórico, ya que en esta reunión que ha sido posible de sus cuadros, vemos el proceso de la sensibilidad visual de toda una época, a través de la atenta y finísima sensibilidad del autor.

Es indudable que dominan en la gama pictórica de Fernando de América las armonías en gris que preponderan en toda la escuela vasca moderna de pintura. Así tenía que ser porque es lo que da la tierra y en el gris ha sabido ver Amarica efectos tan misteriosos y admirables como los de sus cielos y los de las peñas que sobre ellos se recortan, ha velado con el gris el verde de los sembrados que rodean a Vitoria y sobre ésta lo ha hecho triunfar en las nubes con bellísimos reflejos de plata. Los verdes, profundos unas veces y otras tiernos y frescos, que se mezclan siempre para nosotros en las añoranzas

de nuestro país, nos los ha hecho ver en todas sus valoraciones, componiendo su «Armonía verde», llenando de sabrosa humedad las márgenes de los ríos, hallando los mismos tonos simpáticos que hallé por ejemplo Adolfo Guiard, en su «Mar y tierra vascos», y sobre todo, para mí, en ese encantador conjunto de yerba nunca hollada y de rocas como osamentas desnudas, entre las que se pierde un trasparante neblina, que el autor ha llamado «Nieblas de mañana en las alturas».

Las sombras violáceas, los azules del mar, los tonos más cálidos de «El bosque en Noviembre» o de los chopos alaveses cuando se secan, los amarillos de Treviño y la Rioja en esos paisajes en que domina la claridad midiéndose la gran extensión del espacio y las notas aún más fuertes que el autor ha hallado en países del mediodía, dan una gran riqueza a su paleta. Las preferencias de este contemplador que sigue mejor a Amarica por el camino del matiz, deben sin embargo hacer notar su valentía de conquistador con que se lanza a conseguir efectos exóticos y a triunfar en visiones de otras tierras, como aquellas en que algunos de nuestros más ilustres artistas triunfaron.

Porque la pintura de Amárica, como toda realidad viviente, no se ha sustraído a las corrientes dominantes y, lejos de permanecer estancada en medio de ellas, entre ellas se ha movido, sin lo cual carecería del valor histórico que antes indicábamos y que ahora hemos de tratar de precisar. Representa la pintura de Amarica cuando éste empieza a dedicarse a ella como a su principal afán, al triunfo entre nosotros de la verdadera pintura del aire libre. Hemos citado antes el nombre del bilbaino Guiard y por muchos conceptos nos parece que se corresponde en Vitoria con el de Amarica, aunque este es posterior y tiene por tanto menos de lo que había de minuciosidad y de tradición académica en Guiard. Estudió Amarica durante un año con Sorolla en Madrid y es un realista, aunque su realismo sigue sobre todo las corrientes francesas, ya que Amarica se siente más acorde con París y es en París donde únicamente expone sus obras hasta el definitivo triunfo madrileño del año pasado. Como los impresionistas franceses y especialmente Monet, insiste en pintar un mismo asunto en distintos estados atmosféricos: «La ciudad con lluvia» y «La ciudad con sol», de las que la última falta en la exposición, lo demuestran y siempre se ve en la obra de Amarica el afán de concretar el encanto de una determinada hora, o el color de cada mes; como él os hablará de tal paisaje suyo antes de

la tormenta o con viento sur, con cierzo, o con regañón. Este método de observación, el mismo empleado en una gran parte de la literatura del siglo XIX y paralelo al desarrollado en la ciencia, ha sido acaso el más considerable factor en la renovación del arte moderno y especialmente en la de la pintura. Ciertamente que con él corría ésta el peligro de caer en el primero de los dos abismos que el mismo Amarica nos señalaba un día en una conversación de amigos como los dos extremos entre los cuales vive el arte: el de la fotografía y el del absurdo. Pero ese abismo, que se salva desde el momento en que ve el artista lo que la fotografía no ve, ni siquiera puede ser peligroso, cuando es un espíritu como el de Fernando de Amarica el que anima una pintura. Así vemos en la suya, con los procedimientos de ejecución impresionistas y postimpresionistas que de por sí constituyen ya una estilización de la naturaleza, el idealismo que en todas partes surgió como una reacción natural y bendita contra la estrechez del naturalismo.

Esta reacción consistió por una parte en el simbolismo con que una realidad bien observada, se convertía en tipo de muchas realidades; por otro lado el artista introdujo un ritmo, el que él llevaba dentro, en las líneas que con ingenua inexpressión le ofrece la naturaleza, y esto es lo que en un tópico cuya expresión me parece muy pobre, se ha llamado composición decorativa. Luego el constructivismo de Cezanne, quiso concretar en masa sólida el mundo de luces descubierto por el impresionismo y de una exageración de sus principios es de donde han partido las tendencias llamadas cubistas; respecto a las cuales es en cierto sentido opuesto el afán de inmaterialidad, imposible igualmente de realizarse en absoluto, del futurismo o el expresionismo. Entre todas esas corrientes, ninguna desconocida para el talento cultivadísimo de Fernando de Amarica, es entre las que ha mantenido su pintura, sin dejarse arrastrar por ninguna de ellas, pero sintiendo su emoción como no puede dejar de sentirla un alma moderna; por lo que es preciso que hagamos aquí esta evocación, para poder apreciar todas las facetas de su arte.

Aquel espíritu poético, lo que quiere decir creador y por tanto no naturalista de Fernando de Amarica, le ha llevado siempre a expresiones tan llenas de contenido como la que melancólicamente nos revela en las luces que se encienden entre la neblina del «Anochecer en el puerto», o en el combate y los mútuos reflejos de su «Estudio de luces» en que se contraponen los tonos rojizos del ocaso y la luna de plata. El sentido simbolista vaga por entre los títulos del

catálogo, y en las obras mismas no a otra cosa podemos atribuir la fantasía, propia de los países del norte, con que anima por ejemplo su visión de «La *goba* de Ilarduya». Su técnica maestra en la distribución de los términos, y los efectos del sol que recorta el castillo de «Almansa» sobre el cielo azul, responden claramente a una dirección decorativa. Nos marca un ritmo de paz el hilo ascendente de humo que expresa la «Calma en las montañas», en ese cuadro de construcción tan sobria y fuerte, modelo de modernidad, que ha ejecutado con la misma clásica técnica de la *tempera* que empleó Memling. Como en otra excepción entre sus óleos, en un pastel, ha osado los mayores atrevimientos de la luz y del color, que entre las peñas de «Urquiola» hace vivir en una existencia que pudiéramos decir abstracta.

He aquí, pues, cómo la pintura de Fernando de Amarica puede mostrar en Vitoria una concreción de la sensibilidad estética en el período en que acaso esta se ha desarrollado más en nuestro pueblo. Por eso he dicho que tal pintura tenía una significación histórica, lo cual ya se ve que no denota inmovilidad ni estancamiento, y todos deseamos y esperamos que esta historia Fernando de Amarica la continúe. La obra por él realizada y que por tantos conceptos debe figurar en cuantos museos tengan un claro sentido de nuestras realidades, como ya en algunos figura, debemos regocijarnos sin embargo de poderla hoy contemplar tan unida, que es como mejor puede apreciarse, agradeciéndolo a la dignidad del autor, incompatible con todo mercantilismo y al impulso feliz de la Escuela de Artes y Oficios que ha dispuesto su salón para celebrar estas exposiciones.

En ellas pudiéramos ir viendo sucesivamente las obras de otros maestros de nuestro pueblo y de fuera de él, pues aunque no dispongan ya personalmente de una producción tan completa, no sería difícil que quienes de ellos han adquirido cuadros los prestaran para tal fin. Interantisimo puede ser también reunir en tales locales en alguna ocasión, las muestras, numerosas e importantes, de la pintura antigua que en Vitoria existen. Y abrir igualmente el campo a la gente nueva, aun a los ensayos y balbuceos que tendrán tanto más valor cuanto más ingénuos y espontáneos sean y con los que nuestro pueblo puede abrir a su porvenir un horizonte artístico, fundado no sólo en la producción de lo que se ha denominado arte puro, sino también en las, a veces no menos puras, llamadas artes industriales. Pero para que esto sea posible, solo en casos tan aislados como el de Fernando de Amarica deja de ser impres-

cindible el apoyo económico de las adquisiciones; que si con Amarica no son fáciles y ello es muy justo, las hacen más accesibles otros artistas en quienes la necesidad suele quebrantar hasta la justicia que está de su parte. Y así, del otro lado, los adinerados y las Corporaciones, tantas gentes que nos visitan en este centro de comunicación y de vida que empieza a ser Vitoria, animado por ello sobre todo en ciertas épocas del año, tienen la palabra, una palabra que puede ser mucho más elocuente y decisiva que la nuestra.

Angel de APRAIZ